

temple de Kitchener y de Gallieni son, en países como Inglaterra y como Francia, tan necesarios cual los ejércitos que combaten. Las naciones individualistas, formadas por ciudadanos conscientes e impresionables, no pueden vivir sin grandes profesores de energía. Y si Francia, gracias a la Providencia, es rica en héroes populares, los ingleses mismos confiesan que no pasa lo propio en Inglaterra.

— Entre nosotros — decíame ayer un periodista de Londres — la fama se forma muy lentamente. No improvisamos glorias. Lo que en Kitchener nos inspiraba una fe absoluta era su historia de cuarenta años de esfuerzos, de energía, de luchas y de triunfos. La victoria, para nosotros, estaba unida a su estrella. En su rudeza taciturna, veíamos nuestra imagen agrandada. Perderlo es más grave que perder una batalla.

Por fortuna, en una guerra como la actual, una batalla no es nada, un hombre no es nada. El tiempo, que es todo, se encargará de resolver los problemas más graves.

Lloyd George.

Los cronistas londinenses han glosado irónicamente la aventura del pintor Augustin John, que, encargado de hacer el retrato de Lloyd George, lo representó mucho más alto, mucho más fuerte, mucho más atlético de lo que en realidad es. Para excusarse de su error material, el artista, que sólo había visto a su modelo en el Parlamento, ha contestado:

— Yo veo grande a nuestro gran ministro, y por más que hago, no puedo dejar de encontrarle proporciones balzacianas.

Esta anécdota me interesa porque me hace recordar lo que me pasó a mí mismo cuando, hace algunos meses, tuve el honor de conocer al ilustre ministro inglés. Era en Londres, en un almuerzo que los periodistas de la City habían organizado para festejar a algunos escritores españoles, entre los cuales me encontraba yo. A los postres, después que lord Burnham hubo leído un discurso de circunstancias, vimos ponerse de pie a un hombrecillo de bigote entrecano, de gestos nerviosos. «Lloyd George», murmuró a mi oído un vecino de mesa. Mi asombro fué inmenso. ¿Lloyd George aquel ser menudo, de aspecto modesto, de mirada inquieta?... Y el hombrecillo comenzó a hablar de la guerra (naturalmente). ¿Qué fué lo que dijo? No lo recuerdo de un modo

exacto. Dijo lo que dice siempre desde hace dos años: dijo su fe, su confianza en la victoria; dijo su orgullo de haber creado un formidable imperio militar donde antes no había sino un pueblo antimilitarista; dijo su satisfacción de haber puesto en movimiento millares y millares de fábricas de artillería; dijo, en fin, su intención de hacer cada día algo mayor, algo mejor, hasta llegar a la cima... Para mí, lo interesante no era el discurso mismo, sino el hombre que lo pronunciaba y la manera de pronunciarlo. Poco a poco, en efecto, aquel ser menudo crecía, se engrandecía, se transfiguraba, iluminado por una llama soberbia de pasión y de entusiasmo. Así, si al salir de aquel almuerzo alguien me hubiera pedido que trazase una silueta del *leader* de las municiones, como entonces se le llamaba, es probable que habría cometido el mismo error material de Augustin John.

Pero ¿es realmente un error el de pintar al sucesor de Kitchener tal cual aparece en la tribuna, cuando se eleva por encima de los que le rodean, y no como lo ven aquellos que lo visitan en su despacho en las horas de calma? Balzac también era corto de talla, y no por eso Rodin ha dejado de encarnar su imagen en un ciclope bloque de mármol.

— Esperad — podría decir el pintor de Londres —, esperad... Dentro de un siglo, mi lienzo será más real que las fotografías que ahora publican las revistas...

Porque no hay duda de que, entre todas las figuras políticas que sobresalen en nuestra época, ninguna aparecerá más grande que la de Lloyd George ante la posteridad.

*
* *

En Francia, en España, en Italia, la vida de este hombre no sería sino un noble ejemplo de lo que puede la voluntad unida a la inteligencia. Pero en Inglaterra, donde los altos destinos de la política están aún reservados a las clases aristocráticas, resulta un cuento de hadas, una aventura fantástica, casi una historia inverosímil. Figuraos, en efecto, la impresión que deben causar en el ánimo de una dama de Londres estas simples frases relativas al más grande, al único grande hombre que hoy existe en el Imperio británico: «Huérfano miserable, fué recogido por un tío suyo que era zapatero en una aldea del país de Gales y que lo educó pobremente.» El mismo Beriah Evans, a pesar de su gravedad de biógrafo oficial, ha titulado su libro: *The Life Romance of Lloyd George*. Y eso es, realmente, la existencia del ministro todopoderoso a quien hoy admira el mundo entero: una novela, una novela muy moral y muy inglesa, sin intrigas galantes, sin frivolidades, sin arte, pero tan llena de ideales elevados y de energía, tan impregnada de fuertes aromas bíblicos, que a veces llega a parecer un poema.

La primera página de la novela de Lloyd George ha sido escrita por él mismo: «Mi pobre tío — dice — no se casó nunca para poder cumplir el deber que consideraba sagrado, y que consistía en educar a los hijos de su hermana. Todo su tiempo, todos sus recursos, toda su actividad fué para nosotros. Nuestra existencia era dura. Muy rara vez comíamos carne, y me acuerdo de que nuestro mayor lujo era la mitad de un huevo para cada uno de nosotros el domingo en el almuerzo.» El ilustre político escribe esto con melancolía, pero sin amargura. Más orgulloso que el poeta alemán, que se complacía en hacer «pequeñas canciones con sus gran-

des penas», este legislador, este luchador, este revolucionario se ha servido de sus propias miserias para predicar ante los fariseos del Parlamento un formidable evangelio de redención social. Un agitador que en un mitin habla de las miserias del pueblo como de un problema abstracto, no es sino un agitador. Un ministro de Hacienda que sube a la tribuna de la Cámara en Londres y que dice sus propias angustias, es un apóstol. No creo que se hayan pronunciado en los debates políticos de Europa palabras más bellas que las siguientes, dirigidas a los lores: «¿Qué es la pobreza? ¿La conocéis siquiera vosotros? Si no la conocéis, dad gracias a Dios, que os ha librado de sus sufrimientos y de sus tentaciones. Si la conocéis porque habéis visto a los que sufren de ella, rogad a Dios que os perdone por no haber hecho lo que hubierais podido hacer para remediarla. Un día vendrá en que este país ha de estremecerse por haber tolerado este estado de cosas, cuando tantos privilegiados no saben cómo emplear sus riquezas. Además de ser inhumanos y de ser injustos, cometéis un robo al negar al pobre, al obrero, su parte legítima en las riquezas de la nación. Los duques gruñen como cocheros, y los lores juran como arrieros. Les pedimos algo para aliviar la suerte del proletario, y nos injurian. Les decimos: «Unos céntimos, nada más que una moneda de cobre», y nos responden que somos ladrones y azuzan a sus perros para que ladren contra nosotros.» Antes de hablar así a los lores desde el banco de los ministros, Lloyd George había ya defendido, como diputado, todas las causas justas, sin miedo de ofender los sentimientos del pueblo. Porque este caudillo que tiene un alma franciscana y que predica con un ardor digno de Savonarola, no es más condescendiente con la masa

cuyas penas lo conmueven que con los aristócratas cuyo fariseísmo lo exaspera. La historia de sus campañas oratorias durante la guerra sudafricana lo demuestra así. En aquella época, la unión sagrada no era un dogma, y cada partido, cada grupo, cada personaje, consideraba la campaña según sus principios o sus conveniencias. Los grandes parlamentarios, no obstante, los Asquith, los Grey, los Rosebery, habíanse declarado desde el principio partidarios de la guerra y sostenían la política de Chamberlain. El mismo Campbell Bannerman apoyaba al Ministerio. El pueblo, la masa, no sólo aplaudía la guerra, sino que pedía la conquista de toda el África. Lloyd George, que militaba en las filas del partido liberal, y que era ya «el hombre de la plebe», encontróse, dadas sus ideas pacifistas y su horror por una empresa militar organizada por los banqueros de la City, en un grave conflicto moral. El interés y la disciplina política, aconsejábanle inclinarse ante las ideas de su jefe, Bannerman, y de sus electores. Su conciencia le inducía a luchar contra una aventura indigna del Imperio británico. Su conciencia triunfó. Entonces, para contenerlo en la campaña pacifista, a la cual marchaba con denuedo, uno de los más influyentes ministros le hizo notar lo antipatriótico de su tarea, que no podía sino debilitar y perturbar al país. Su respuesta fué la siguiente: «En tiempo de guerra, como en tiempo de paz, yo no acepto que nada en el mundo pueda privar a un ciudadano inglés del derecho de expresar libremente sus pensamientos, sean cuales sean las exigencias de la política, del ejército y aun de la patria.» Y su cruzada continuó, ardiente y vehemente. ¡Ah, los procelosos mítines de Glasgow, de Bristol, de Birmingham!... Cada uno de ellos resultaba una derrota para el apóstol pacifista. La

multitud, irritada, llamábalo traidor, vendido, asesino, loco, ladrón. Aun en su pueblo natal, el populacho lo injurió. En una asamblea de Birmingham, en 1901, el furor popular llegó a tal punto, que la Policía no pudo contenerlo. La plebe rompió las sillas y asaltó la tribuna; la sangre corrió; hubo muertos y heridos. «¿Y Lloyd George?», preguntábanse sus amigos, con inquietud, al salir de aquella trifulca. Lloyd George había huído, vestido de *policeman*. Esta aventura hizo reír a toda Inglaterra. «El león indomable — dijeron los periódicos — ha sucumbido en el ridículo, con un disfraz que da la medida de su heroísmo.» En realidad, el león, lejos de morir entonces, cobró nuevos entusiasmos, y ya no en la calle, sino en el Parlamento, continuó denunciando la guerra como una operación financiera, como una aventura de piratas, como un crimen sólo digno de un pueblo de mercaderes y de agiotistas. Ni su jefe, sir Henry Campbell Bannerman, ni sus amigos, lograron hacer que se moderase. Su elocuencia sonaba en el frío palacio de Westminster como un clarín bíblico.

— Si mi tío el zapatero me oye desde el cielo — dijo un día en su club —, estoy seguro de que aprueba mi conducta, y su sola opinión vale para mí más que la del Parlamento entero.

*
* *

Hay algo de coquetería, sin duda ninguna, en frases como ésta, hechas para demostrar un orgullo soberbio de humildad. Pero los que conocen al gran ministro inglés, aseguran que tal coquetería tiene una profunda base de ternura familiar. Los años de la infancia, pasados en la tiendecilla del buen remendón galesiano, entre

una biblia y una lezna, han dejado en su alma un fermento de poesía, poco común en los políticos británicos. Sus principios religiosos, estrictos e intransigentes, su amor de la gente pobre, su sensibilidad nerviosa, su respeto por las reivindicaciones obreras, su rectitud moral y hasta su desprecio por los títulos nobiliarios, nacieron en aquel hogar miserable. El zapatero de este cuento de hadas, en efecto, era un verdadero tipo apostólico que empleaba sus ocios dominicales en predicar contra el papismo en el templo de su pueblo y que compartía con los que eran más pobres que él lo poco que aún tenía. En las naciones latinas, donde la religión es una y única, no hay idea del fanatismo que anima en las naciones anglosajonas a los miembros de las infinitas sectas reformadas. Los iluminados yanquis o ingleses que de vez en cuando hacen hablar de sus aventuras y que a nosotros nos parecen casos singulares de locura mística, son, en realidad, tipos corrientes de exaltación evangélica. El zapatero de Gales fué uno de ellos en su modesta esfera aldeana. Lloyd George es otro: el más famoso de todos en nuestra época, el más influyente, el más elocuente, el más bíblico. La secta a la cual pertenece, y que es una de las más estrechas de Inglaterra, está formada por puritanos fanáticos para quienes el Papa es un Anticristo y la Iglesia oficial inglesa un falso protestantismo. Para luchar contra esa Iglesia que tiene obispos al igual que el catolicismo, tuvo, en su juventud, la idea de presentarse a las elecciones legislativas de 1888. Ya en su niñez, en la escuela, había organizado un verdadero complot contra la enseñanza oficial del Catecismo y contra la obligación de asistir a las ceremonias eclesiásticas de los días sacramentales. Pero es en el Parlamento donde su labor anticlerical ha sido verda-

deramente revolucionaria. «Los clérigos y los nobles — dijo en uno de sus primeros discursos — han roto la alcancía de los pobres y se han repartido el dinero que contenía. El círculo de los lores y de los sacerdotes se apodera de lo que pertenece al pueblo.» Y poco después, agregó en otro discurso: «¿Os acordáis de la parábola del hombre que cayó entre los ladrones? Pues bien: los campesinos de nuestro país han caído entre los ladrones, pero los sacerdotes nuestros son peores que el sacerdote de la parábola. El sacerdote de la parábola contentóse con seguir su camino sin hacer caso del hombre despojado de sus bienes, mientras los nuestros se han unido a los ladrones.» Palabras cual éstas, que en Francia misma, con todo el anticlericalismo francés, parecerían escandalosas, en Inglaterra, emporio de las tradiciones respetuosas, provocaron tempestades de indignación. No hay injuria, no hay calumnia que no haya sido lanzada a la faz del apóstol no-conformista. Se le ha llamado mal patriota, traidor, espoliador y hasta violador de sepulturas.

Este último ataque es quizás el menos injusto, pues realmente, en su ardor anticlerical, Lloyd George se hizo un día cómplice de un delito de sacrilegio. Fué en un pueblo de Gales, hace veinte años. Un hombre, cuyos padres estaban enterrados en un cementerio protestante, murió en el seno de la Iglesia puritana revolucionaria. Sus amigos decidieron llevar sus restos al mausoleo que le pertenecía y celebrar el entierro conforme a sus ritos no-conformistas. El rector de la parroquia, en uso de su derecho secular, hizo cerrar las puertas del campo santo. Entonces Lloyd George aconsejó a los directores del cortejo fúnebre que abrieran una brecha en la tapia y que penetraran por la fuerza en la necrópolis

oficial. Así lo hicieron, y el muerto pudo reposar, a pesar del clero, al lado de sus mayores. El proceso que aquel acto provocó fué ruidoso y largo.

*
* *

Se ha hablado mucho del separatismo de Lloyd George, y a causa de él se le ha acusado de ser «enemigo de la patria». En realidad, lo único que el gran patriota pide para su región natal, es lo que los irlandeses han obtenido para la suya. «Su verdadero proyecto — dice uno de sus íntimos amigos — consiste en reconstituir un día el Reino Unido sobre las bases de un amplio federalismo, con poderes individuales idénticos en Inglaterra, en Irlanda, en Escocia y en el país de Gales, y con un Parlamento verdaderamente imperial que decida en los asuntos imperiales en nombre de la nación.» Hasta ahora, en todo caso, sus campañas no han sido organizadas sino para pedir el *home rule* de Gales. ¿Cuál de los paisanos de Amadís no pide lo mismo?... Pero es el tono, es el ardor, es la fuerza bíblica, lo que en este hombre choca y hiere cuando no seduce. A sus eternos enemigos los lores que le preguntaban cierto día cuáles eran sus argumentos para defender el separatismo galés, contestóles: «Voy a exponeros uno de ellos. Las minas de carbón de mi tierra os pagan a vosotros y a vuestros compañeros los landlores 200.000.000 de francos en calidad de derechos de regalía. ¿Por qué? ¿Sois acaso vosotros, son acaso vuestros antepasados, los que pusieron la hulla en nuestro suelo? No; no sois vosotros los que habéis creado en el país de Gales las grandes rocas carboníferas. Y, sin embargo, por una especie de derecho divino, exigís esos millones por permitir que los obreros

tengan el derecho de arriesgar sus vidas trabajando las minas.» Cada aristócrata, naturalmente, era, hasta hace poco, un enemigo personal del que así trataba a toda su casta.

*
**

Todo su amor, el fuerte apóstol, lo ha puesto en el pueblo que sufre. Hay páginas en sus discursos que parecen poemas evangélicos, poemas franciscanos, casi poemas verlainianos, de tal modo resplandece en ellos la virtud de la universal hermandad. El mundo no ve en su obra sino lo que tiene de demoledora, de agresiva, de recia. ¡Ah, sus ataques contra los lores, contra los obispos, contra los banqueros, contra los Gobiernos!... ¡Ah, sus arranques sangrientos contra los Rothschild, los Chamberlain, los Balfour, los Salisbury! Sería necesario recurrir a León Bloy para encontrar acentos más ásperos que los suyos. Pero en el fondo de esa elocuencia, los que saben buscar, encuentran una piedad infinita y una infinita dulzura. Los pobres, los desheredados de la fortuna, los que sufren de las injusticias sociales, éstos son sus hermanos, éstos son los que inspiran sus nobles lamentaciones, éstos son los que ponen en medio de sus improperios bíblicos una gota de miel mezclada a menudo con una lágrima del corazón. Ahora mismo, a pesar de la tormenta, mientras los demás ministros europeos hablan únicamente como hombres de Estado, él es el único que, dejándose llevar de su generosidad poética, se atreve a llorar en sus discursos los horrores de la lucha. «¡Ah! — dice —, es una terrible cosa, una cosa que espanta, esta guerra!... En todo es horrible. Poco ha tuve ocasión de hablar con uno de los generales que luchan desde el

principio, que sabe lo que es la tragedia, y que después de conocer las matanzas, las carnicerías de estas batallas, me ha dicho: Los hombres responsables del conflicto tienen un alma de demonio. Y este grito salía de un pecho noble, de un pecho justo.» A los que le recuerdan sus antiguas predicaciones pacifistas censurando su actual ardor guerrero, les contesta: «Es porque odio la guerra, por lo que quiero crear una fuerza capaz de vencer. Necesitamos una victoria tal, que sirva para advertir a los reyes y a sus consejeros que de hoy más tendrán que pagar muy caro lo que intenten contra el derecho y contra la justicia. Necesitamos una victoria que no sea dudosa y que ningún profesor alemán pueda falsear ante los ojos crédulos del pueblo. Si no la obtuviéramos, nuestros sacrificios serían vanos y tendríamos que sacar de nuevo la espada. Acabemos con la guerra, acabemos para siempre con esa pesadilla espantosa.» Al grito rabioso de *Gott straffe England*, su voz justiciera contesta anunciando la destrucción del pueblo criminal que ha encendido las llamas en que el mundo se consume desde hace dos años.

*
**

Y lo singular, lo que mejor demuestra su espíritu incapaz de pasiones bajas, es que hasta poco antes de estallar el conflicto, lejos de odiar a los alemanes, les demostraba una sincera simpatía. En 1914, nada menos, contestando a los que hablaban del peligro germánico, expresó en estos términos: «Esas no son sino habladurías de la hora del te, y además de llevar el sello de las tonterías inventadas por los soñadores de escándalos, resultan odiosas por crear rencores entre países

vecinos.» Algunos irreconciliables le recuerdan ahora esto, como le recuerdan también sus discursos contra el aumento de la flota. Mas en términos generales puede decirse que su labor actual ha hecho que el país entero le perdone sus campañas pasadas. «Es nuestro más gran político», confiesan los ingleses de todos los partidos. Y, realmente, lo es. Es el más activo, el más enérgico, el más entusiasta, el más genial. El ejército formidable creado por Kitchener, él es quien lo anima y quien lo mueve. Él es quien, con su soplo de fuego, atiza en el reino entero la voluntad de luchar. Él es quien ha formado las legiones de millones de obreros que trabajan día y noche para fabricar los elementos indispensables a esta guerra de tempestades. Él es, en suma, el alma de la Inglaterra nueva, de la Inglaterra que ha despertado de pronto de su sueño de paz, y que, irguiéndose en medio de la pelea con su armadura adamantina, decide, una vez más, de la suerte de Europa y del porvenir del mundo.

*
* *

Lloyd George suele decir:

— Mi única virtud es el amor del trabajo.

No hay actividad como la suya, en efecto. Los que, en tono de broma, aseguran que «duerme con su secretario», no se equivocan. «Cuando preparaba los presupuestos — escribe uno de sus biógrafos — metíase en la cama con sus legajos y en medio de la noche despertaba a menudo para apuntar las ideas que le quitaban el sueño.» Hoy Europa entera ve con asombro sus viajes, sus campañas populares, sus innumerables circulares, sus negociaciones con los Sindicatos obreros, sus con-

ferencias diplomáticas. Bíblico siempre, dijérase que realiza en su propia persona el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Y para que el prodigio no tenga nada que parezca un alarde, todavía tiene la coquetería de hacerse fotografiar en traje de *sport*, jugando al *golf* con su hijo en una pradera de Escocia, o al borde de un río, en compañía de sus hijas, pescando apaciblemente.

Un hombre así, en verdad, merece que se le pinte siempre muy grande.

Balfour.

Si alguien hubiera tenido hace diez años la peregrina idea de decir que Lloyd George y A. J. Balfour llegarían un día a formar parte del mismo Gabinete, toda Inglaterra se habría echado a reír. Porque realmente, si hay en el mundo dos figuras opuestas, dos almas adversas, dos mentalidades antagónicas, son las de los dos hombres que hoy dirigen la marina y el ejército británicos. En lo único en que se parecen es en haber sido, uno y otro, educados por un tío bondadoso. Pero ¡qué distancia entre el humilde zapatero que consagró su miseria a dar una instrucción esmerada al niño de Gales, y el soberbio aristócrata que hizo del niño de Escocia un potentado de la política! En Eton y en Cambridge, en los claustros venerables de los nobles colegios donde el *golf* tiene tanta importancia como la Filosofía y donde un nombre ilustre es más respetado que el mejor diploma, el *little* Arthur James era ya halagado a causa de su parentesco con el famoso y poderoso lord Salisbury. Y cuando, en 1869, según las tradiciones linajudas, celebráronse las fiestas de la mayoría del joven Balfour, el alcalde de Whittingeham pudo decir que aquella ceremonia era el coronamiento de un príncipe llamado a heredar una de las coronas de mayor precio en la alta política.

*
* *

A los veinticinco años, Balfour era ya doctor en Artes, doctor en Letras, bachiller en Filosofía, licenciado en Ciencias morales y campeón de *golf*. Además era propietario de la mitad de una provincia. ¿Qué más podía necesitar para aspirar a los honores parlamentarios? Pero su vocación no le llamaba hacia Wéstminster. Y así, cuando su tío, sin consultarlo, lo hizo elegir diputado en 1874, contentóse con ir una tarde a tomar posesión de su cargo y al día siguiente emprendió un largo viaje alrededor del mundo. En los países lejanos, según sus propias confidencias, todo le interesó más que la política. Bien nutrido de savia teológica y de esencia metafísica, llevaba probablemente ya en el cerebro las bases de sus futuros estudios sobre la *Filosofía de la Duda*. En cuanto a principios de gobierno, es probable que ni siquiera había aún pensado en tenerlos. Su biógrafo oficial, Bernard Alderson, dice, hablando de los primeros años de su vida legislativa: «Era un aristócrata indolente, para quien asistir de vez en cuando a las sesiones de la Cámara constituía un recreo sin consecuencias.» No obstante, al terminar la legislatura, sus electores le renovaron su mandato. Sus electores fueron, en números exactos, 564 siervos de sus dominios.

— Hay que darle gusto a mi tío — aseguran que dijo al presentar su candidatura aquella segunda vez.

Y ya se preparaba a un nuevo viaje lejano, cuando una circunstancia imprevista hizo cambiar el rumbo de su existencia. Para luchar contra la omnipotencia liberal de Gladstone, lord Randolph Churchill decidió la fundación de un grupo de libres opositores decididos a todas las violencias parlamentarias. Lord Salisbury, por su categoría, por su nombre, por su historia, no podía

figurar en aquella especie de complot, al cual, sin embargo, lo llevaban sus simpatías.

— En mi lugar — preguntó —, ¿no queréis a mi sobrino?

Cortésmente los conjurados contestaron:

— Con mucho gusto.

Entonces comenzó una campaña que hizo ruido. Cada tarde, los Drumond Wolff, los Churchill, los John Gorst, pronunciaban algún discurso contra el *great old man*. El joven Balfour, por no ser menos, decidióse también a perorar, y con una coquetería que a algunos les pareció algo cómica, recitó su primera oración política contra la inmoralidad electoral... Haber hablado era ya una inicial consagración. La suerte le deparó una segunda, mejor y más rara, cuando Gladstone en persona púsose de pie para contestar a otro de sus discursos. «Este noble diputado — murmuró un maldiciente — puede ya ser ministro o cosa por el estilo.» Y en efecto, poco después, al encargarse lord Salisbury de formar un Ministerio conservador, no tuvo el menor escrúpulo en nombrar a su sobrinito presidente del Local Government Board.

*
* *

Con la vanidad que nos caracteriza, los españoles creemos que el espíritu de familia es una virtud exclusiva de nuestros políticos. «¡Ah! — decimos —, ¡esos yernos de Fulano, esos hijos de Mengano!... Pero ¿qué son nuestros patriarcas, comparados con los de la correcta Inglaterra?... Leed estas líneas de un escritor que no peca por lo maldiciente: «Lord Salisbury era un gran ministro, pero tenía los sentimientos familiares en

extremo desarrollados. Cada vez que subía al Poder, rodeábase de un fuerte contingente de sus parientes, los Cecil. Así, los lores llamaban a su Gabinete el Cecil-Hotel. Hay una anécdota que durante años y años hizo reír en los clubs. El *leader* conservador acababa de formar un Ministerio, en el cual figuraba Chamberlain. El nuevo ministro de Colonias penetró un día en el despacho del presidente, donde se hallaba también Balfour, y después de hablar de asuntos graves, retiróse. «Arturo — dijo entonces lord Salisbury —, ¿cómo encuentras a nuestro primo?» «Muy bien — contestóle Balfour —; pero no es nuestro primo.» «¡Imposible — terminó el presidente —, imposible!... Si no lo fuera, no sería ministro.»

Por ser Cecil de verdad, el joven presidente del Local Government Board pasó pronto a desempeñar el puesto de secretario para Escocia, que es algo así como un virreinato ministerial. De lo que ahí hizo, la Historia recuerda únicamente que contestando a los que se quejaban de la miseria de los campesinos del Highlands, afirmó que el único remedio para tal estado de cosas era la emigración en masa de los que se quejaban. ¡Figuraos lo que Lloyd George hubiera contestado a un ministro dueño de media provincia escocesa y millonario diez veces gracias a la explotación de sus abuelos, si lo hubiera oído hablar así!... Pero Lloyd George no había nacido aún a la vida parlamentaria y sus denuestos bíblicos no habían hecho todavía temblar la Cámara de los Comunes.

*
* *

Si del virreinato escocés de Balfour no queda sino una frase, su proconsulado irlandés ha dejado una página entera en la historia de los más oscuros días del pueblo mártir. La época era — hay que confesarlo — tan agitada como espinosa. El hombre más ilustre del Imperio, el *great old man*, no había conseguido, con su política de promesas y de condescendencias, apaciguar los ánimos alterados por la sed de autonomía. El fracaso de los partidarios del *home rule* hacía temer discordias sangrientas. El país entero pedía, para dominar la situación, una mano que fuese al propio tiempo fuerte y hábil. El jefe del Gobierno escogió la de su sobrino. Las primeras palabras del nuevo procónsul fueron de tal naturaleza, que en medio de sus graves preocupaciones, el Parlamento tuvo que sonreír ante tamaño orgullo. «Seré como Cronwell — dijo —; pero al mismo tiempo seré como Parnell. Hasta hoy, mis predecesores se han mantenido sobre el pie derecho o sobre el pie izquierdo. Yo me mantendré sobre los dos pies.» Al cabo de pocos meses, seis diputados irlandeses estaban en la cárcel, lo que no se había visto nunca en Inglaterra. Una palabra, un gesto, un grito, bastaban para provocar represalias severas. Balfour, que había comenzado su guerrera política en calidad de *dilettante* sin pasiones, mostrábase de pronto capaz de los más detestables alardes de energía. En su soberbia, llegó a desdeñar de tal modo a los diputados de la oposición, que ni siquiera se dignaba contestar a sus interpelaciones. Un funcionario de su Ministerio, un coronel de maneras bruscas, representábalo en la Cámara y leía las respuestas que él le dictaba. Su impopularidad en Irlanda llegó a ser tan grande como la de Lloyd George en Inglaterra durante la campaña del Transvaal. Por todas partes

surgían contra él las amenazas. Cuando tomaba la palabra en un mitin, era necesario sacar a la calle tropas para protegerlo. Como un tirano del Renacimiento, vivía rodeado de guardias pretorianas que lo acompañaban a todas horas, por todas partes. Un diputado llegó a decir que no reconocía a su patria y que se figuraba vivir en la Venecia del siglo xvi. El procónsul contentóse con responderle: «Habéis traspasado los límites de la lucha política; habéis llegado a despertar el alma del crimen: yo os trataré, pues, como criminales.» Y redoblado de dureza, llenó las cárceles irlandesas de sospechosos. Sus amigos hacen notar que al mismo tiempo llevaba a cabo una obra considerable de mejoras materiales, creando líneas férreas, escuelas, bancos, hospitales. Es cierto.

Fué un buen tirano; pero fué un tirano, y los irlandeses no han conservado sino el recuerdo de sus violencias.

Lo curioso es que al mismo tiempo que así ejercía un mando absoluto en medio de una atmósfera de odio y de peligro, entreteníase en escribir obras de suave filofía para defender el escepticismo y la duda. Se ha dicho que no hay inglés que posea más títulos que él. En su honor, debe agregarse que ninguno de esos títulos es nobiliario. Habiendo podido ser lord o ser marqués, no es ni siquiera sir. No es más que místico, como cualquier plebeyo. En cambio, es doctor honorario en Derecho, en Ciencias y en Artes de todas las grandes Universidades, y miembro de todos los Colegios venerables del reino. Su diploma de «Eldern Brethern», en Trinity Hause, le concede el privilegio de vestir el uniforme de capitán de fragata del tiempo de Jorge III, lo que ha hecho decir, en estos últimos días, que es sin duda por

esta razón por la que se le ha nombrado ministro de Marina en el actual Gabinete.

*
* *

Al abandonar el proconsulado de Irlanda, su actuación en el Parlamento, donde se distinguió como orador de combate, creó alrededor de su soberbia una aureola gloriosa. El odio que los irlandeses tenían por él hacía simpático a los que creen que es necesario imponer por la fuerza el respeto de la unidad británica al pueblo rebelde. Al apoyo de su tío uniéndose el apoyo de la suerte. Así, cuando en 1891, a la muerte de Smith, quedó vacante la dirección del partido conservador en los Comunes, lord Salisbury no tuvo que vencer grandes resistencias para hacerlo proclamar *leader* de su mayoría. Con este carácter ocupó luego los Ministerios más codiciados, y, lo que vale más, fué, durante el último Gabinete de Gladstone, jefe de la oposición en la Cámara. El problema del *home rule* era entonces, y lo es todavía hoy, el asunto más grave de la política interior. Los debates que el proyecto liberal del *great old man* provocaban, se recuerdan como los más violentos que se han visto en el transcurso de un siglo. Con su carácter animador, Balfour atizaba el fuego de los odios políticos, hasta el punto de provocar, en dos o tres ocasiones, verdaderas batallas en pleno palacio de Westminister. Y triste es decirlo, su energía fué más poderosa que el genio y el mal genio de Gladstone. El *home rule*, votado por los Comunes, fracasó ante los Lores. El ensueño de los irlandeses desvaneciéndose por culpa de la ceguera conservadora. Balfour puso las armas en manos de Casement. Pero Inglaterra sentíase tan fuerte, que nadie podía

prever que un día, en medio de la más formidable crisis nacional, Dublín había de levantarse al grito de «¡Viva la libertad!»

*
* * *

Luego vino la guerra del Transvaal. Ahí el vencido por Balfour fué Lloyd George.

Luego vino la paz de nuevo, la paz con la conquista, el triunfo de la política imperialista, el apogeo del orgullo... Lord Salisbury, enfermo y cansado, retiróse a la vida privada, dejando como feudo a su sobrino la presidencia del Consejo. Todo parecía arreglado por la Providencia para que el representante de la familia Cecil gozara en paz de la corona que el alcalde de su pueblo le había prometido muchos años antes. Sólo que, ¡ay!, en el reino de la política las sorpresas suelen ser crueles. Una vez dueño de todo, Balfour fué derrotado en Mánchester en las elecciones legislativas de 1906. ¿Un jefe de partido, un primer ministro, sin acta de diputado?... ¡Claro que no podía ser! Sus amigos encontraron a un buen parlamentario que, en cambio de alguna canonjía, le cedió su puesto en otro distrito. El arreglo salvó la situación inmediata. Durante algún tiempo nadie notó que el gigante estaba herido de muerte. Un día, al fin, a propósito del *veto bill*, su partido se dividió en dos fracciones, y la más importante lo abandonó. Fué necesario retirarse a la vida privada, volver a los estudios de Filosofía, recorrer sus dominios escoceses...

La unión sagrada creada por la guerra contra Alemania lo ha hecho salir de su retiro, y su gran soberbia se complace en creer que su cartera es la más importante, puesto que Inglaterra es, ante todo, una potencia naval.

Pero en realidad su figura desaparece casi por completo detrás de la figura de Lloyd George. ¡Quién lo hubiera dicho hace veinte años!... El sobrino del zapatero de aldea, el que no ha heredado nunca nada, el que ha luchado siempre con el pueblo y por el pueblo, el adversario de todas las tiranías, es el que se ha convertido en verdadero soberano de la opinión... La vida se complace así en crear un cuento de hadas para inspirar un nuevo capítulo al autor de la *Defensa del escepticismo*...